

www.elboomeran.com

GIOVANNA RIVERO

Niñas y detectives.  
Y otros cuentos con  
sangre dulce

Bartleby  Editores

© GIOVANNA RIVERO, 2009

© DE LA FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA, NEREA LÓPEZ DUARTE, 2009

© BARTLEBY EDITORES, S.L. 2009

E-MAIL: bartleby@arrakis.es  
APARTADO DE CORREOS 71

28891 VELILLA DE SAN ANTONIO (MADRID)

TEL.: 91 660 72 59

www.bartlebyeditores.es

DISEÑO DE CUBIERTA: LORENZO DÁVILA

PREIMPRESIÓN: ORIGEN GRÁFICO, S.L.

IMPRESO EN ESPAÑA POR

ISBN: 978-84-95408-83-9

DEPÓSITO LEGAL: M-

ESTILO ESTUGRAF IMPRESORES, S.L.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

## MEDUSA

Desde entonces, cuando me ve, se cruza a la otra vereda. Esto, no lo puedo negar, me causa intensa satisfacción; claro que también debo reconocer que la satisfacción no borra todo el dolor que ella me ha ocasionado. A él no lo culpo. Él cayó como un pajarito desplumado entre sus fauces de zorra hambrienta. Pero de paso le hice saber a él, a mi marido, que la próxima víctima bien podría ser él mismo, que ni todo el amor que le tengo podría detener mi furia, porque si de zorras se trata, yo sé ser de las mejores.

Al principio no me di cuenta, hay tantos tipos en el taller, tanta testosterona junta, que el ingreso de cualquier mujercita causa revuelo. Y esta mujercita en particular no significaba ningún peligro: las caderas tan angostas como las de un muchachito, los pechos, ¡ja!, los pechos: dos vértices diminutos como picadas de abejas; lo único que avisaba su feminidad era ese pelo negro, negrísimo, esa cascada de tiniebla enmarcándole su cara de mosquita muerta. Ella conocía su arma porque se pintaba el pico de rojo púrpura para que contrastara con su cabellera nocturna. Y la muy perra se iba de moño, fingiendo una discreción que jamás tuvo; recién cuando veía a mi marido se soltaba la hebilla como quien no quiere la cosa y el pelo se le alborotaba libre al viento, extendiéndose como una medusa de irresistibles tentáculos. ¡La muy pulpa!

El bruto de mi marido, siempre debajo de los camiones, con las manos engrasadas y el sudor cubriéndole el

pecho, apenas la veía se escurría para salir de debajo del vehículo, y ella le alcanzaba el refresco de miel con tanta cortesía que ahí sí empecé a sospechar. A los demás, por ejemplo, al tuerto y a Mendoza, les asentaba el vaso cerca de las herramientas y ni se acercaba a ellos dizque para no ensuciar su delantal. Otro día, cuando la medusa azabache pensó que yo no estaba, seguro porque vio al tuerto en la caja haciendo los cobros, se paró delante del Volvo que mi marido estaba arreglando y se puso de cuclillas para mostrarle lo que ya sabemos, casi puedo jurar que no llevaba ropa interior. Me quedé congelada dentro del baño y desde una rendija vi cómo mi marido se acercaba despacito y se metía entre las piernas flacas de la medusa, y ella, ¡la hayan visto!, inclinó la cabeza para cubrirle los hombros engrasados al estúpido de mi marido con su pelo negro negrísimo. Fue por eso que no pude ver más, pero me lo supongo, me lo supongo...

Así decidí urdir mi plan. Me puse de acuerdo con el tuerto, que es nomás un perro fiel, y le ordené que la siguiera. Me enteré que la medusa cuida su pelo con compotas de palta, y se lo cepilla cien veces por la mañana y cien veces por la noche. Supe que va a la peluquería una vez a la semana para que le saquen los picados y le den masajes, y luego se lo arrolla en un moño porque ese encanto sólo se lo regala al baboso de mi marido. Ese y otros de sus flacos encantos, seguro.

¿Qué podía hacer yo? Imaginarán que mi plan fue drástico. Saqué todos mis ahorros del banco y yo también me fui a la peluquería. Le dije a la peluquera que quería el pelo brillante y vaporoso, dulce como la miel de los refrescos que la muy puta lleva al taller, intenso como el deseo que los camioneros le tienen a la medusita de pacotilla.

Como todas las peluqueras del mundo, me dio charla y yo acepté encantada. Esa era la idea.

–Los hombres son infieles por naturaleza –me dijo.

–Y las mujeres, putas por naturaleza –repuse yo. Admito que sangraba por la herida.

–No diga eso, señora, que nos incluye.

–Tiene razón, pero... ¿sabe qué? A esas hay que darles una lección.

–Pero si los hombres son los culpables, señora.

–¡Ah! Pero como ahora escasean, hay que espantar a las moscas.

–¿Y cómo podríamos espantar a las moscas?

–¡Matándolas!

–¡Ay, Jesús María! Ni diga eso, que el otro día vino una señora, así rabiosa como está usted ahora, con las disculpas de usted, y me contó que le desfiguró la cara a la amante de su marido con un cuchillo de deshuesar pollos.

–¡Bien hecho...! Claro que yo no me atrevería a tanto, sobre todo si la amante ya está desfigurada.

–¿Cómo es eso?

–Si es fea. Si no tiene buena figura, si es una flacucha sin carnes donde cabalgar.

La peluquera se ruborizó y supe que ahí debía proponerle mi plan. Saqué todos mis ahorros de mi cartera y, cuando ella vio la cantidad, aceptó. La modestia, lamentablemente, no es incorruptible.

Fue así como la siguiente semana, y esto me lo contó el tuerto con lujo de detalles, la medusa negra fue a la peluquería fingiendo su cotidiana discreción y se sentó muy dueña de sí en el sillón giratorio. Pidió lo de siempre: “Quíteme los picaditos, que luzca como seda. Luego me pasa el *casting*

Ónix Extremo y me masajea la nuca para que circule la sangre y oxigene la hebra”. (Toda una experta la refresquera).

La peluquera cepilló la larga cabellera de la flacucha y, sin darle tiempo a que el estupor de la medusa reaccionara, tomó las tijeras y le cortó el cabello de raíz, dejándola como un espantapájaros. No, como un espantapájaros no... como una tuna florecida, como un cactus huérfano, un sahuaro huesudo, solitito en el desierto, una tuna horrible, deforme y flaca, una mujer a medias.

Más tarde, cuando entré a la peluquería para cerciorarme con mis propios ojos de que el relato del tuerto era leal a la verdad, me quité los zapatos y caminé victoriosa sobre aquella alfombra natural, tiernísima, como si una camada de gatos azabache hubiera sido despellejada y pegada con goma Amazonas en el parqué del lugar. La peluquera me miraba entre la culpa y el morbo. Recogí un mechoncito y con las hebras me mandé a hacer uno de esos amuletos que te protegen hasta de tu propio reflejo cuando estás envenenada. El resto lo guardó la peluquera para donarlo a una Virgen calva. Yo se lo permití, pese a que ese pelo me pertenecía, pues de algún modo era el centro de mi desgracia, de lo que habría podido ser mi tragedia matrimonial. Y lo que te desgracia, te pertenece.

Cuando me pongo un escote profundo, el mechón ónix me acaricia el nacimiento de las tetas y yo compruebo una vez más que en el amor y en la guerra vale todo. Todo pero todo.

Desde entonces, si la medusa me topa en alguna calle, se cruza a la otra vereda, con un gesto instintivo se acaricia la nuca, haciéndose cosquillas en la palma de la mano con los tronquitos incipientes, tristes, que le asoman desordenadamente por trechos, como si fuera un soldado raso sancio-

nado en día domingo. Bonito cráneo, pienso yo, que sé apreciar las cosas buenas. Mi marido, dicho sea de paso, sabe bien para qué sirven las tijeras y de qué color es el ónix. Es lo que digo, siempre se aprende algo nuevo.